



EL BARCO
DE VAPOR

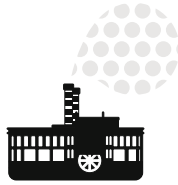
Las desventuras de Sophie

Valérie Dayre

Ilustraciones
de Menguao



sm



EL BARCO
DE VAPOR

Las desventuras de Sophie

Valérie Dayre

Traducción de Isabelle Marc

Ilustraciones de Mengua



Primera edición: junio de 2006
Décima edición: febrero de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Marta Mesa y Lara Peces

Título original: *Les nouveaux malheurs de Sophie*
Traducción del francés: Isabelle Marc

© del texto: 2001, l'école des loisirs, Paris
© de las ilustraciones: Andrés Arcos (Menguao), 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-259-1
Depósito legal: M-500-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi madre.

PRÓLOGO

ESTÁBAMOS CRUZANDO LA PLAZA de camino a casa. Había ido a buscarte al colegio, algo poco normal. Nos decíamos frases sueltas, como de costumbre. Y, de repente, sin que tuviera nada que ver con nuestra conversación, me preguntaste:

–Siempre dices que hay cosas que nos hacen crecer. ¿Y tú? ¿Puedes contarme algo que te haya hecho crecer?

Mirabas al frente, como si nada, pero cierta agresividad en tu tono de voz me hizo pensar que tenías problemas.

Mi corazón empezó a latir deprisa, como siempre que pienso en lo que la vida podría llegar a hacerme. *¿Le habrá ocurrido algo a mi niño?*

Me contuve para no ser yo quien te preguntara: «¿Por qué lo quieres saber? ¿Hoy te ha ocurrido algo que te haya hecho crecer? ¿O es que en clase te han pedido que escribieras “un recuerdo o una anécdota que pienses que te ha hecho crecer”?».

Si te hubiese interrogado, habría ganado tiempo y habría pensado en mi respuesta. Ya sabes que a los adultos nos gusta parecer tranquilos e inteligentes a ser posible, y simular que dominamos la situación cuando nuestros hijos nos plantean un tema serio.

¿Algo que me haya hecho crecer?

En mi cabeza se agolpaban varias respuestas. Primero, frases hechas, estúpidas y rimbombantes, como: *¡Todo te hace crecer! Crecer es comprender. Son una serie de cosas...* Además, no tenía ningún acontecimiento especial que me sirviera de certificado de crecimiento repentino, como la muerte prematura de mi padre, el nacimiento de un hermano pequeño, un cambio trau-



mático de ciudad..., ni siquiera una «buena guerra», como dicen los imbéciles.

Imágenes, rostros, ideas fugaces e inconexas se mezclaban en mi mente.

Te cogí de la mano y balbuceé esbozos de respuesta sin interés.

Tú no decías nada. Caía la noche de invierno. Me sentí cansada. Entiéndeme, no eres tú quien me hace sentirme cansada, no es tu existencia, sino un estado de impotencia constante. La impotencia de no poder darte siempre lo que tendría que darte. La impotencia por no poder librarte de todo lo que puede hacerte daño.



No insististe. Uno de tus amigos pasó corriendo delante de nosotros y comentaste algo sobre él.

Pero ahora, si quieres, regresemos a aquella plaza al anochecer. Los parques, sobre todo en invierno, son ideales para las confidencias y los recuerdos.

Imagina.

Imagínate una niña. No importa cuántos años tiene. Está en esa edad en la que lo mismo le dicen «ya eres mayor» que «eres demasiado pequeña». Su madre y su padre, y también la panadera, a veces le dicen «qué mayor» y otras «qué pequeña». (A veces, Rosemonde le susurra «mi chiquitina». Entonces sabe que la tristeza, o al menos la emoción, están flotando en el aire). Tiene alegrías y penas, como todo el mundo. Está creciendo, dulcemente.

Vive en Roubaix, una ciudad situada en el norte de Francia.

Se llama Sophie, del griego *sophia*: sabiduría, ciencia.

–Sí, sí, ya lo sé –les responde a todos los maestros nuevos que quieren: 1. Demostrar lo que saben. 2. Comprobar que sus padres la han llamado así con conocimiento de causa. 3. Animarla a seguir el camino al que la destina su nombre.

–Sí, sí, ya lo sé.

Lo dice con un aire entre divertido, tímido y cansado.

Otras personas, generalmente viejas señoras aburridas, le hablan de la protagonista del libro de la Condesa de Ségur *Las desventuras de Sophie*, que en Francia conoce todo el mundo, pero que no tiene nada que ver con ella. La Sophie de esta historia siempre les contesta que su madre odia ese libro.

Rosemonde, a quien acabo de nombrar hace un segundo, es su madre. A Sophie le gusta ese nombre porque lleva *rose*, que en francés significa «rosa», y *monde*, que quiere decir «mundo»: «rosa del mundo». No sabe si su madre se lo merece o no, pero hay que admitirlo, le va muy bien. Rosemonde tiene seis hijos.

Sophie es la segunda. Al pensar en todos los hijos únicos que la rodean, les tiene un poco de envidia (suele ser recíproco, aunque ella no lo sabe). Sin embargo, una vez tuvo la oportunidad de ejercer de hija única.

Déjame que te cuente lo que sucedió aquel año.

El viaje se decidió un día de marzo. Sophie y su mamá irían, las dos solas, a pasar las vacaciones de Semana Santa con Cora, la hermana de Rosemonde. No irían a Niza, donde Cora vivía con su marido y sus dos hijos, los primos hermanos de Sophie, sino a la montaña, cerca de la frontera con Italia, donde tenían una casa de vacaciones.

Rosemonde y Cora no se veían muy a menudo, y no solo por culpa de la distancia geográfica. En realidad, las dos hermanas no se veían nunca. Sophie casi no sabía nada de esa gente; solo los había visto

en fotos a las que nunca había prestado mucha atención. Ah, también conocía su ropa... Ya te lo explicaré.

Así que allí se fueron un día de principios de abril, en un tren nocturno, con dirección a la otra punta de Francia, al sur, ese lugar con el que, según parece, sueñan las gentes del norte. Partieron y llegaron.

Para desgracia de Sophie.

PRIMERA PARTE

● 1

LA CASA MARAVILLOSA

ERA REALMENTE MARAVILLOSA.

Eso fue lo que Sophie pensó nada más verla. Maravillosa era una palabra poco usual, distinta, que convenía perfectamente a su asombro de niña.

Oh, no es que Sophie desconozca el mundo y sus bellezas. Gracias a la televisión y a las revistas de la sala de espera del dentista, y porque alguna vez ha salido del nido, sabe que existen casas grandes y hermosas con gente que se mueve con la gracia suave y brillante de gráciles peces tropicales.

La casa se parece un poco a un acuario. Los pinos del frondoso jardín, todavía invernal, proyectan sobre las cristaleras del salón una caricia verdosa y ondulante.

El interior está bastante oscuro, lo que resalta la pátina de los armarios antiguos, los hilos dorados de las cortinas, los discretos brillos de las figuras de plata y los bonitos cristales de colores... Cristal de Murano,



le aclara su tía. Es una isla de Venecia. Mientras se lo dice, Cora le guiña un ojo de terciopelo negro que podría hacerle pensar que ayer estaban navegando por la laguna veneciana... Sophie se siente transportada. Aunque no sabe por qué, todo le parece encantador.

Pero hablemos de su tía. Hablemos de sus ojos negros y aterciopelados, de los que Sophie solo ha visto el guiño cómplice. No ha visto, o no ha querido ver, una mirada fría que le decía: «A ti tus padres no te han llevado a los carnavales de Venecia como hice yo con mis dos hijos. Para hacer algo así, hace falta tener mucho, pero que mucho dinero. Y cuando se



tiene la descabellada idea de tener seis críos, como la pobre Rosemonde... Encima con un marido que, hay que admitirlo sin avergonzarse, no gana lo que se dice millones y millones...».

Sophie tendría que desconfiar.

Pero no desconfía. Despreocupada y alegre, va de una habitación a otra y su admiración crece y crece. Al ver el horno de estilo antiguo pero ultramoderno de la inmensa cocina, se le escapa un grito de asombro: ha visto uno exactamente igual en un folleto de los que inundan el buzón todos los jueves. El precioso esmalte verde, el cristal ovalado, los botones y los tiradores de un suave dorado pulido. Al ver el

precio, escrito en letras rojas, subrayado tres veces y con muchos signos de exclamación como si se tratase de una oferta, por poco se ahoga. Su padre se acababa de comprar un coche de segunda mano que costaba algo más barato.

Rosemonde también debe de haber visto el folleto, porque también reconoce el horno de lujo.

–Vaya, vaya... –dice impresionada.

–Me he dado un capricho –comenta alegremente Cora–. Pero, en realidad, lo prefiero como elemento de decoración que como electrodoméstico. Casi no lo utilizo. Ya sé que lo de ser ama de casa vuelve a estar de moda, pero, desde luego, la cocina no es lo mío.

Sophie se está preguntando qué puede ser lo «suyo», qué puede interesarle a esa mujer tan fascinante. No puede barajar muchas hipótesis porque su tía sigue hablando. Afortunadamente, durante el año, en Niza tiene a Gina. Es una chica muy agradable, muy trabajadora, que «entró a su servicio» antes de que nacieran los niños y que le evita muchas tareas desagradables.

Algo después, Sophie pensará en su forma de presentar a Gina y admirará que no hubiese utilizado palabras feas como «criada», «sirvienta», «chacha» o incluso «empleada del hogar». ¡Qué chic, qué clase, qué buen gusto! Es como si Gina fuese casi una amiga, alguien que va a trabajar por gusto.

—A Gina le encantan los niños. A veces me tengo que contener para no ponerme celosa. En fin, es como si fuese de la familia.

¡Oh! Gina no solo pasa el aspirador por gusto y porque no tiene nada mejor que hacer, sino que, además, trata de ganarse el cariño de los niños a traición. ¿Será en realidad una *okupa* de esa familia tan generosa?

Peor aún:

—Comemos pasta y pizza demasiado a menudo. Gina es de origen italiano, claro, pero ella está delgadísima... Pero no me atrevo a criticar sus menús, porque no quiero que se ofenda.

«¡Qué delicadeza!», suspira para sus adentros Sophie. Y además, *ella* está delgada... Porque, aunque Sophie la mire embelesada, no ha podido evitar fijarse en que Cora tiene unas redondeces un poco flácidas y muy mal situadas, sobre todo en la cintura, el cuello y los muslos. Por culpa de esas redondeces, el traje amarillo anaranjado, tan elegante, le queda demasiado estrecho. Ella misma lo comenta.

—¡Fíjate en esto!

Utiliza a su hermana como testigo para constatar que la costura le aprieta en las caderas.

—Me había enamorado de este trajecito y ahora lo odio. Solo me lo he puesto tres veces. Pero ya ves, cien gramos por aquí y doscientos por allá y parezco una butifarra.

–No, no –protesta débilmente Rosemonde.

–¡Qué va! –añade rápidamente Sophie, que piensa que al comentario de su madre le falta convicción.

Una sonrisa cambia inmediatamente el rostro de Cora, que acaricia la mejilla de su sobrina.

–¡Qué rica eres! Pero tú todavía no tienes que preocuparte por estas cosas. Afortunadamente, te queda mucho tiempo. Además, con lo menudita que tú eres. En eso te pareces a tu madre, claro está.

En boca de su tía, ese «claro está» le parece bonito y gracioso. Le encanta la forma de hablar de Cora, esa mezcla sutil de expresiones actuales y otras poco comunes, que le recuerdan a las antiguas novelas para niños, a las viejas joyas como las que tenía su abuela, al olor de las flores secas o al de la naftalina.

Quizá para comprobar que la niña flacucha se parece a su madre, Cora se acerca a su hermana, la abraza cariñosamente y le da un beso en la mejilla. (Su tía ha manifestado ese impulso de amor fraternal en todas las habitaciones de la casa; Sophie está demasiado subyugada para pensar que es un gesto automático y repetitivo. ¿Lo será realmente?).

–Mi querida Rosemonde, mi hermanita mayor preferida. No puedo creer que por fin hayas venido a verme después de tantos años.

–Hace tiempo que lo había pensado, pero era muy difícil con...

Sophie se ha dado cuenta de que parece que su madre está pidiendo disculpas cuando se dirige a su hermana pequeña. Y eso, en el fondo, no le gusta, aunque sabe que a Cora se le debe mucho respeto y consideración, por razones que ella desconoce pero que parecen evidentes.

–¡Claro! ¡Con esa retahíla de mocosos! –exclama Cora.

¿Mocosos? Sophie preferiría no haber oído eso último. En primer lugar, porque ella forma parte de la retahíla, y en segundo lugar, porque esa palabra es demasiado fea y no queda bien ni en boca de su tía.

El hecho de hablar de los seis hijos de su hermana devuelve a Cora a su preocupación principal:

–Seis embarazos, seis lactancias y estás delgada como un fideo. Es una vergüenza. Bueno, me consuelo pensando que vas a heredar el traje. Seguro que con tus dedos de hada podrás arreglarlo para que se ajuste a tu cintura de avispa... Es de Yves Saint Laurent...

–Bueno, no te preocupes, no tengo prisa –dice Rosemonde–. No tengo...

–¿No te gusta? –la interrumpe Cora.

–Sí, pero no suelo tener ocasión de ponerme ropa de grandes modistos.

–Las ocasiones se las crea una misma –decreta Cora en tono imperial–. Ya ves, yo me lo pongo todos los días.

Rosemonde asiente levemente y, aprovechando que su hermana está despistada, le hace una mueca a Sophie, pero esta finge no haberla visto. Le gustaría cambiar de habitación y de tema de conversación. El traje de su tía y el gran modisto han roto el encanto porque le han recordado cosas que preferiría olvidar.